

calibrite

colorchecker classic



BIBLIOTECA TRADICIONALISTA

BLANCA Y LEOPOLDO

DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS DOS PRÍNCIPES

POR

» FLORDELIS «

con un prólogo de

D. F. DE P. O.



R. 7422

BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 14

1889

mm

BIBLIOTECA TRADICIONALISTA

BLANCA Y LEOPOLDO

DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS DOS PRÍNCIPES

POR

→ FLORDELIS ←

con un prólogo de

D. F. DE P. O.



BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 14

1889

A
O
R

PUBLICACIONES DE LA BIBLIOTECA TRADICIONALISTA

➤ **EL ESTANDARTE REAL** ◀

ILUSTRACIÓN MILITAR CARLISTA

Se publica mensualmente, desde Abril de 1889, en cuadernos de 16 páginas con grabados intercalados, dos láminas sueltas y cubierta de color.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península: 1 año. 750 pesetas
6 meses 4 »
Extranjero y Ultramar: 1 año. 12 »

LO CRIT D' ESPANYA

SEMANARIO CARLISTA ILUSTRADO, ESCRITO EN CATALÁN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Barcelona: 1 año. 4 pesetas
Provincias: 1 año 5 »
Extranjero y Ultramar. 1 año 10 »

ALBUM DE PERSONAJES CARLISTAS

CON SUS BIOGRAFÍAS

Texto de D. F. de P. O.— Dibujos de D. Paciano Ross.

Hay publicados dos tomos y está en prensa el tercero y último. Precio de cada tomo: 4 pesetas lujosamente encuadernado.

DOS REYES

por el

PRÍNCIPE DE VALORI

Versión española por D. F. de P. O.— Precio 3 ptas. en perc. y dorados.

BLANCA Y LEOPOLDO

POR

FLORDELIS

Con un prólogo de D. F. de P. O.— Precio: 1 peseta.

GRAN RETRATO

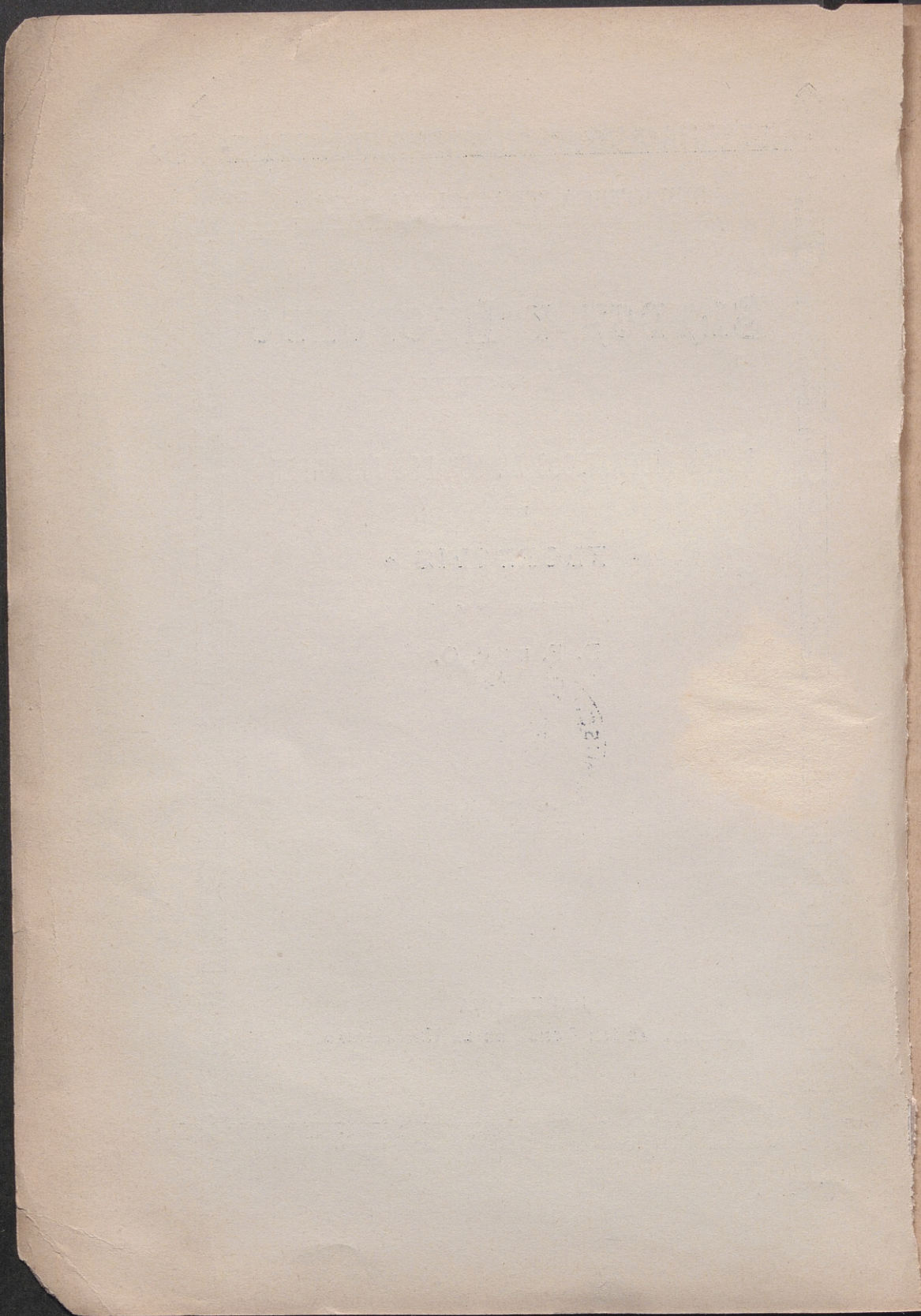
de

DON CARLOS DE BORBÓN

El mejor de todos los publicados hasta el día.— Dibujo de D. Paciano Ross: Precio: 5 pesetas.

En prensa: **ALMANAQUE DE LA BIBLIOTECA TRADICIONALISTA PARA 1890**. Ilustrado con caricaturas y cubierta al cromo, dibujada por Paciano Ross.—Precio: 1 peseta.

92
FL
bl



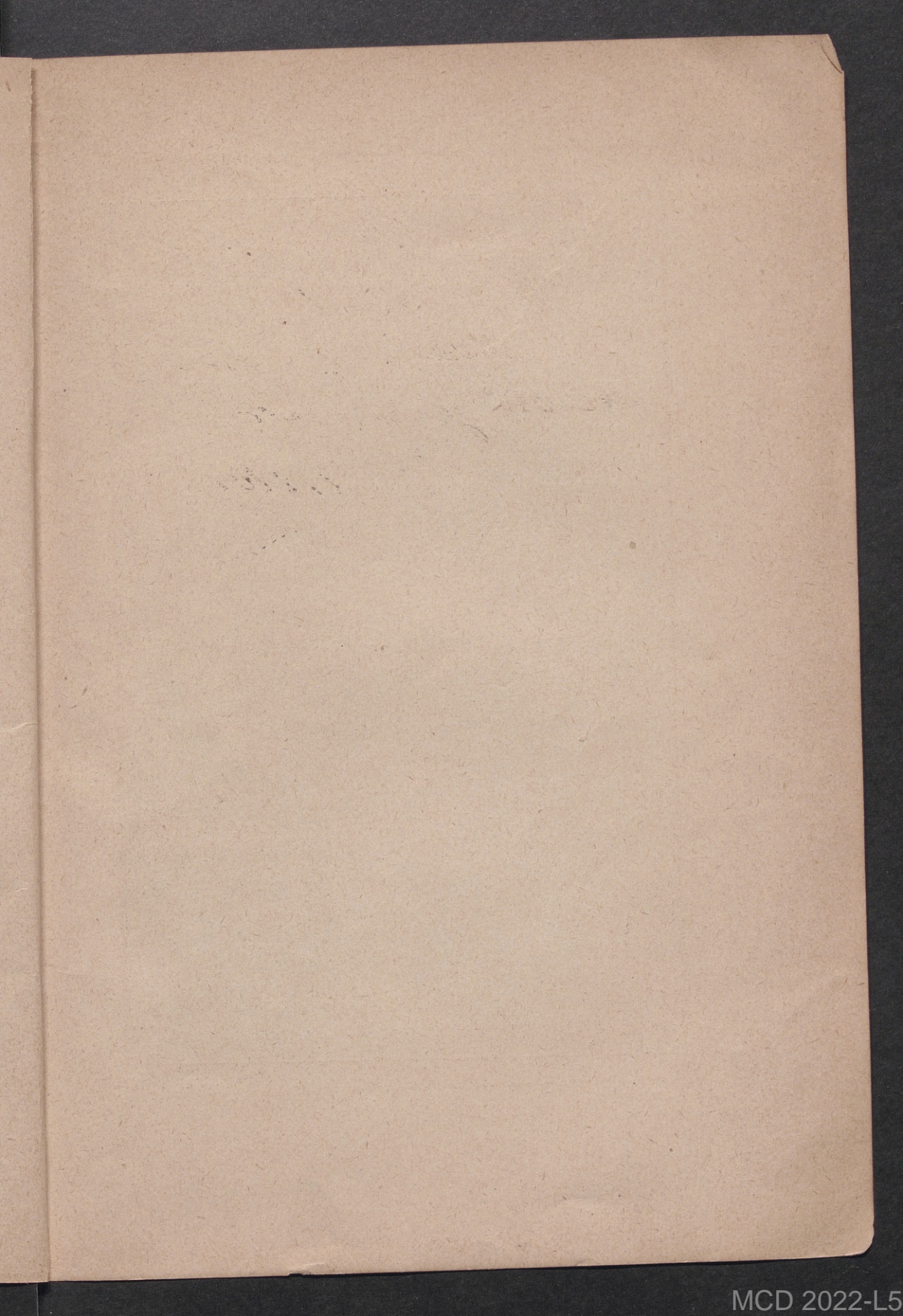
BLANCA Y LEOPOLDO



Al Excmo. Sr. Marqués
de Villahuerta.

En prueba de conside-
ración y respeto,

El autor





BIBLIOTECA TRADICIONALISTA

BLANCA Y LEOPOLDO

DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS DOS PRÍNCIPES

POR

◀ FLORDELIS ▶

con un prólogo de

D. F. DE P. O.



R. 7422

BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 14

1889

TIPOGRAFÍA DE FIDEL GIRÓ, CORTES, 212 BIS

PROLOGO



QUISIÉRAMOS trocar nuestra pluma por la de los inspirados vates que, cantando endechas é improvisando trovas de amor, divinizan la poética pasión que fundiendo en una dos almas, hace sonreir en torno de éstas la vida, que se les presenta bella, hermosa y apacible.

No en mal pergeñada prosa, que sí en relumbrante poesía, merecen ser glosadas las páginas en que se trata de celebrar el fausto suceso en que aparecen como protagonistas una angelical, cándida y hermosa Princesa, en la cual se ven reflejadas las virtudes que adornaron á tantas matronas ilustres de la egregia familia Borbón, y un noble y joven Príncipe, que no aspira á otra gloria que á la de defender su patria y hacer la felicidad de su CARÍSIMA BLANCA.

Supla el buen deseo á nuestra insuficiencia, ya que no queremos hacernos reos de la falta, que lo fuera y muy grave, de desaprovechar la coyuntura que se nos ofrece de presentar en ligero esbozo el

retrato de la hermosa Infanta ya Archiduquesa de Austria.

Pocos meses han transcurrido desde los felices días en que nos pudimos hacer cargo de las dotes que adornan á los individuos todos que componen la augusta Familia proscripta.

Nos sentimos subyugados, más que al peso de la bondad y discreción que en ellos pudimos apreciar, por la indignación de que nos sentíamos poseídos al considerar que existen españoles capaces de pretender rodear con el vilipendio y la injuria los nombres de una Familia tan esclarecida, más aún que por su preclaro origen, por sus virtudes, por su consecuencia y por su amor acrisolado á esta hidalga tierra, que si no la vió nacer, es, empero, el objeto constante de su recuerdo, de su estimación y de su amor.

Digna hija de sus padres, ha sabido atesorar la Infanta Blanca las enseñanzas de los que la dieron el sér, y al gracejó y donaire, á la conversación tan amena como ilustrada que caracteriza á su augusta Madre, reúne la seriedad, la sencillez, la amabilidad exquisita y el amor grande, inconmensurable á España que se revelan en los actos todos de su ilustre Padre.

¡Singular conjunto de gracias y de talentos, de virtudes y de encantos los que ha heredado la espiritual Princesa, y que aporta al hogar del joven Leopoldo, que aprisionado por noble pasión, ha dado su nombre á la hija primogénita de nuestros R....!

Es la Infanta Blanca, si muy agraciada de rostro, más simpática por reflejarse en él su corazón que

conserva en todo su vigor la fe que alienta á las almas jóvenes que no han sentido amarguras, decepciones, ni desencantos.

Dios y sus Padres, España... y su Leopoldo, podemos asegurar que forman hoy todo su encanto, que constituyen su pasión única, su exclusivo pensamiento.

Si para sus Hermanos, y particularmente para el Príncipe Don Jaime, fue un día cariñosísima enfermera, Hermana heroica de la Caridad que logró con sus cuidados hacer menos largas las horas y dulcificar los dolores de cruel enfermedad, ha sido siempre, desde que tuvo uso de razón, preceptora cariñosa, dulce consejera de los pobrecitos niños y de las acongojadas familias menesterosas de varias comarcas italianas, que buscaban en ella una enseñanza, un lenitivo y un consuelo á sus cuitas.

Bendícnla cuantos la trataron, y esas bendiciones las reciben agradecidos sus amantes Padres, que han visto compensados sus solicitudes y afanes.

El retrato moral, que es el que más importa, hecho queda, si bien no hemos sabido, sin duda, darle los tonos con que lo había de matizar quien más gallardamente que nosotros supiera trasladar al papel su pensamiento.

Del esbozo en su parte física, ¿qué hemos de decir sino que corresponde al que dejamos delineado respecto á la moral?

Hállase la Infanta en la más poética y hermosa edad de la vida; en esa feliz época en que la naturaleza sonrío, el porvenir se presenta halagüeño, sin remordientos el pasado, y con un presente todo dicha, todo felicidad.

Bendiga Dios, oh noble Infanta, Vuestro enlace; sea él prelude de ventura en Vuestro nuevo hogar; y Vos, Príncipe egregio de una ilustre y nobilísima Casa, recibid el parabién de un soldado de la Causa tradicionalista española, que os profesa cariño grande desde el momento en que quisisteis unir Vuestra suerte á la de un ángel por sus virtudes y por su talento, por su hermosura y por su discreción.

Mas no olvidéis, noble Príncipe, que á cambio de esa estimación y de la lealtad que los carlistas españoles os brindan, de Vos sólo exigen un poco de amor á nuestra España, á esta nación á la cual debéis ya querer con entrañable cariño, por ser la predilecta de vuestra Blanca, que, no lo dudamos, os habrá ya relatado algunas de las interminables proezas que en el transcurso de medio siglo han realizado por los principios simbolizados en Vuestra nueva Familia, los defensores de la Bandera de DIOS, PATRIA, REY, á los cuales de hoy más debéis amar con admiración, viendo en cada uno de ellos un héroe y un mártir, y en la Causa tradicionalista la Causa de la verdad y de la justicia.


F. DE P. O.

Octubre de 1889.

ANTECEDENTES

... transformado en lozana flor
el lindo capullo que tuve en mis
rodillas muchas noches en el Bo-
cage: la Infanta Blanca.

EMILIA PARDO BAZÁN

 LA Comunion carlista celebró alborozada la noticia transmitida por el telégrafo á primeros de Noviembre del pasado año, dando cuenta de que se habían celebrado en el palacio de Frohsdorff los esponsales de S. A. R. la Infanta Doña Blanca de Borbón y Borbón, con S. A. I. el Archiduque Leopoldo Salvador de Hapsburgo Lorena y Borbón.

Y aumentó su júbilo al saber la solem-

nidad que dicha ceremonia revistiera en aquella soberbia y señorial morada, convertida entonces en albergue de suspiradas esperanzas y de celestiales encantos.

Legítima fué su alegría, porque el enlace de Doña Blanca vino de esta suerte á afirmar con un vínculo más los ya estrechísimos que unían á las dos familias soberanas más antiguas de Europa, la de Borbón y la de Hapsburgo.

El enlace de nuestra amada Infanta es un verdadero matrimonio de inclinación.

Los jóvenes Príncipes conocíanse hace ya tiempo, y en los últimos viajes de los Duques de Madrid á Viena no podían pasar inadvertidas para nadie la asiduidades del Archiduque Leopoldo Salvador, que permanecía cerca de sus augustos tíos las horas que le dejaban libres sus estudios de la Escuela de Guerra. Tanto sus padres como los de Doña Blanca veían con gusto cimentarse más y más aquella mutua sim-

patía que acercaba á dos personas tan dignas de unir sus destinos, y en las cuales todo iba de acuerdo, lo mismo el nacimiento que lo proporcionado de la edad, lo cristiano de la educación y lo religioso de los sentimientos, que los gustos modestos y las virtudes domésticas.

Al Duque de Madrid complaciale, además, especialmente, la circunstancia de ser el joven Archiduque un soldado en el completo y noble sentido de esta palabra, apasionado por su profesión, distinguidísimo en ella, y poseído del deseo de consagrarla su vida; pues no ocultaba el Archiduque Leopoldo Salvador que si algún día se casaba, la compañera de su existencia habría de tener la abnegación de sujetarse á ser la esposa de un oficial al mismo tiempo que de un príncipe, y de seguirle en todas las guarniciones adonde le llamasen los deberes de su carrera.

La Infanta Doña Blanca, lejos de ame-



drentarse ante la perspectiva de pasar la juventud en el cumplimiento de austeros deberes mejor que en la molicie de una corte, vió en ello una prueba más de las sólidas cualidades que distinguen al Archiduque Leopoldo Salvador, y le aceptó con júbilo.

Para la boda se aplazaron entonces todos los solemnes preparativos y los regalos de los augustos parientes de los desposados.

Los jóvenes Príncipes no recibieron con motivo de los esponsales más que los anillos ofrecidos por el Duque y la Duquesa de Madrid, y que consisten en dos gruesos rubíes engarzados en oro.

La Infanta Doña Blanca recibió también en la misa esponsalicia dos hermosísimas pulseras, una de oro con brillantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, del Archiduque Leopoldo Salvador; otra con un grueso zafiro rodeado de brillantes, regalo del Archiduque

Carlos Salvador y de la Archiduquesa Inmaculada.

Pocos días después de los esponsales, celebraba la Familia Real proscripta, con más solemnidad que los años precedentes, la festividad de San Carlos, en el palacio de Alléegasse, en Viena.

Como es de suponer, el Archiduque Leopoldo Salvador y la Infanta Doña Blanca eran el objeto de todas las atenciones de los individuos de las augustas familias allí reunidas, y más parecía que iba á conmemorarse su fiesta que la del Duque de Madrid y del Archiduque Carlos Salvador.

LOS ESPONSALES



LA prensa católico-monárquica se apresuró á felicitar á los Duques de Madrid, tan pronto tuvo conocimiento del importante acto, y la reseña circunstanciada de éste redobló la satisfacción de la ya alborozada Comunion tradicionalista.

El día 1.º de Noviembre, á las ocho de la mañana, llegaban á Frohsdorff el Archiduque Carlos Salvador y la Archiduquesa Inmaculada, con sus hijos los Archiduques Leopoldo Salvador, Francisco y Alberto, y la Archiduquesa Carolina, siendo recibidos al pie de la escalera del histórico

castillo por los señores Duques de Madrid y la Infanta doña Blanca.

SS. AA. II. llevaban consigo al General Conde de Attems, jefe de la casa del Archiduque Carlos Salvador, á la Condesa de Attems, dama de honor de la Archiduchesa, á Mons. Cecconi, capellán de SS. AA., y á los oficiales de órdenes de los Archidukes.

Acompañaban á los Duques de Madrid: la Marquesa de Respaldiza, dama de Doña Margarita, Mons. Curé, capellán de Frohsdorff, y los Sres. Melgar, Respaldiza, Huet du Pasillón y Frémont.

Reunidos todos los Príncipes, con sus séquitos, en el salón principal del castillo, el Archiduque Carlos Salvador, ratificando la anterior petición de su hijo y dirigiéndose al Sr. Duque de Madrid, pidió la mano de S. A. R. la Infanta Doña Blanca para el Archiduque Leopoldo Salvador.

El Sr. Duque de Madrid, en breves pero



sentidas frases, manifestó la complacencia con que accedía á la petición, confiando los destinos de su amada hija á un príncipe de tan preclaras dotes.

El Archiduque Leopoldo Salvador entregó entonces á la Infanta un magnífico ramo, y trasladados todos á la capilla del castillo, verdadera iglesia llena de preciosos recuerdos y de valiosas obras de arte, Mons. Curé explicó en elocuente y tierna plática, á los futuros esposos, el sentido y la significación de aquella ceremonia, hoy caída en desuso, pero á la cual la Iglesia ha consagrado sublimes oraciones; pidió á ambos, al pie del altar, la mutua promesa de enlazarse en matrimonio cuando sus padres lo permitieran, bendijo los anillos, regalo de los Duques de Madrid, que como símbolo de alianza le presentaron, y recitó las preces litúrgicas señaladas para los esponsales, celebrando en seguida el santo sacrificio de la Misa.

Siguió á la función religiosa un espléndido almuerzo, en el cual fueron colocados en el centro de la mesa los jóvenes desposados, que no eran dueños de ocultar la dulce emoción que en ellos producían las cariñosas atenciones con que celebraban su felicidad sus augustos parientes.

Desde el principio del almuerzo hasta la partida de los Príncipes para Viena, que tuvo lugar á las cuatro de la tarde, una música militar estuvo ejecutando escogidas piezas en el patio del castillo.

Innumerables fueron los telegramas recibidos aquel día por la Infanta y por sus augustos Padres, no sólo de individuos de la Familia Imperial austriaca, sino de príncipes de otras naciones, asociándose á la alegría de nuestra Familia Real proscripta y haciendo votos por la felicidad de los jóvenes desposados.

De regreso á Viena, y antes de la comida, que tuvo lugar en casa del Archi-

duque Carlos Salvador, la Infanta Doña Blanca, ajustándose á una costumbre tradicional, recibió en besamanos á toda la servidumbre de los Archiduques, que desde aquel momento la consideran como hija suya.


Antes de la ida á Frohsdorff, y habiendo manifestado á S. M. I. el emperador de Austria el deseo de presentarle á la joven Infanta, S. M. I. el Emperador, á pesar de que partía de Viena aquel mismo día, contestó que iría él en persona á visitarla al Hotel Kaiserin Eliboseth, como lo efectuó, teniendo la delicada atención de ir vestido con el uniforme de coronel propietario del regimiento Emperador Francisco José, núm. 1, al cual pertenecía, como capitán, el Archiduque Leopoldo Salvador.





Blanche

DOÑA BLANCA DE BORBÓN
Y DE BORBON

 EN Graz vivían Don Carlos y Doña Margarita, cuando la Providencia les otorgó el señaladísimo favor de bendecir su unión, dándoles el primer fruto del santo lazo de su matrimonio, el 7 de Septiembre de 1868. Una niña, trasunto fiel de la belleza de su Egregia Madre, como lo es hoy de sus virtudes, nació en aquella sazón.

Fueron sus padrinos de bautizo el señor Duque de Módena y la señora Duquesa de Parma, imponiéndole los siguientes nombres: Blanca, María de la Concepción, Te-

resa, Francisca de Asís, Margarita, Juana, Beatriz, Carlota, Luísa, Fernanda, Adelgonda, Elvira, Ildefonsa, Regina, Josefa, Micaela, Gabriela y Rafaela.

No fueron, por cierto, escasos los desvelos que Doña Margarita consagró á su hija.

Nunca accedió á confiar la alimentación de su querida Blanca á nodriza ni mujer extraña, porque, como, con fundado motivo, dice la augusta R...., no toman de ese modo cariño los hijos á las madres, pues no las deben el más pequeño sacrificio, que nunca lo es para una madre tierna y amorosa.

¡Dichosa edad la que pasa entre los halagos maternales y las sonrisas de Dios!
¡Benditos días los que transcurren entre las seducciones de la naturaleza y los pueriles deseos de placeres que siempre se cumplen, porque la sociedad se encarga de facilitarlos!

El niño es el germen del hombre; y co-

mo el labrador, que más atiende y cuida del fruto que nace, que de la espiga cargada con sus granos de oro, así la sociedad más atiende al niño que al adulto, más á la flor que germina que al fruto próximo á la sazón. La primera es una esperanza; el segundo, un fin que se toca; y siempre es más deleitoso lo que se espera que lo que se realiza, como es más potente la inteligencia que la materia.

El niño puede ser, según la educación que reciba, el genio del bien, ó el agente del mal.

Por eso Don Carlos y Doña Margarita emplearon tantos cuidados en la dirección de su amada Blanca; pues se les hacía evidente, que si difícil es guiar á quien ha de servir como una de las últimas piezas de la máquina social, ¡cuánto ha de serlo formar al que por su nacimiento y condiciones está llamado á ocupar un importante puesto!



Tan esmerada educación convirtió á Doña Blanca en un ángel.

Es franca y sencilla hasta la humildad, sin hacer alarde de su modestia. Ella con sus encantos ha borrado á menudo las aficciones que algunas veces han aumentado el infortunio de sus augustos Padres.

Ama con entrañable cariño á España, porque ya en la cuna aprendió que había una patria que debía adorar; una patria que su Padre inmortalizó con el brillo de sus victorias.

Es el modelo acabado de la hija, de la hermana y de la princesa; irresistible el encanto de su humildad, la expresión de sus ojos, la grandeza de sus sentimientos, la belleza que rebosa en su alma, transmitiéndose á sus miradas y á sus labios.

Posee ese encanto que seduce y fascina, inspirando á un tiempo cariño y veneración, entusiasmo y respeto.

No bastan las palabras, cuando los he-

chos no las confirman, y Doña Blanca ha manifestado, en muchas ocasiones, cuánta es la grandeza de su alma.

Pudieran citarse numerosos ejemplos, testimonios de este juicio; y cuantos han tenido la dicha de ver á Doña Blanca y tratarla, pueden atestiguar la verdad de nuestras aseveraciones.

¡Cuántos infelices han llegado á las puertas de su casa y han recibido socorros de sus manos!

Hace poco dió una relevante prueba de los nobles y generosos impulsos de su hermosísimo corazón.

Sabedora de que los tradicionalistas españoles trataban de hacerle por suscripción un costoso regalo en el día de su matrimonio con el Archiduque Leopoldo Salvador, se apresuró á oponer resueltamente su veto á esa idea.

No quiso que la Comunion tradicionalista, á la que ella tanto ama, hiciese nue-

vos sacrificios para regalarle una valiosa joya el día de su casamiento y manifestó su deseo de que lo que había de dedicarse á tal objeto, se emplease en la Pirámide que ha de conmemorar la conversión de Recaredo, ó en socorrer á los carlistas pobres que con heroica resignación sobrellevan las privaciones y el infortunio.

¡ Hermosa y noble acción, natural en alma acostumbrada á aspirar el perfume de la virtud y del honor en un hogar eminentemente cristiano y español, donde toda verdadera grandeza es venerada y toda noble desventura respetada y querida con el amor que engendra la comunidad del infortunio!

DOÑA BLANCA EN ESPAÑA

HACE cuatro años que la Infanta Doña Blanca terminó sus estudios del Sagrado Corazón de Florencia.

Preguntóle entonces su augusta Madre qué deseaba en premio de su buen comportamiento, y contestó la Infanta:

—Lo que más deseo es hacer una visita á las religiosas que me educaban en Pau.

Accedió gustosísima Doña Margarita, y pocos días después partió Doña Blanca, con su dama de honor, para la capital de los bajos Pirineos. Era el mes de Agosto, época en que San Sebastián es un hormiguero de gente alegre y bulliciosa que almuerza en el casino, toma el *five* ó *clotkea* en

casa de Guillot y come en Helder de Biárritz, si no hay partido en Jai-Alai.

— ¡Cuanto desearía ver San Sebastián!

¿No podríamos hacer esa excursión sin que nadie lo supiera ni me conociese?— preguntó Doña Blanca á X, que había ido á presentarla sus respetos en Pau.

— Señora,—contestó X, después de un momento de reflexión;—un medio habría de hacer ese pequeño viaje sin peligro de que nadie pudiera conocer á V. A.

—¿Cuál es?

— El de embarcarse en Bayona en uno de esos trenes que salen al anochecer y llevan á San Sebastián á centenares de personas, no muy distinguidas, en verdad, pero perfectamente desconocidas fuera del Rastro de Madrid.

Doña Blanca acogió la idea con entusiasmo, y pocos días después llegó á la capital de Guipúzcoa acompañada de su dama y de dos hijas de X.

¡ Con qué alegría recorrió calles y plazas, deteniéndose á oír la banda de música que tocaba en el Boulevard! Todo parecía á la Infanta magnífico, encantador. X la hizo observar que no sería prudente circular por la población fuera de las primeras horas de la mañana, y á media noche se retiró S. A. para madrugar el inmediato día.

Así lo hizo, y su primer cuidado fué oír Misa en la hermosa iglesia de Santa María; subió luego al castillo de la Mota, deteniéndose cien veces al contemplar el cementerio de los ingleses, las lanchas pescadoras que salían y entraban en el puerto y el panorama de que se disfruta desde las faldas del monte Urgull.

Cuando llegó á la plataforma del castillo donde dan las rejas de la cárcel, un preso estaba cantando. ¡Qué impresión produjo en ella aquel canto!

—¿Quién será?—decía.

Y á aquel soldado, condenado á unas ho-

ras de arresto, lo convertía su compasiva imaginación en otro desventurado Silvio Péllico.

Desde aquella terraza, vió la Infanta todas las posiciones que ocuparon las fuerzas carlistas y liberales durante la pasada guerra.

Venta Cinquiñ, Santiagomendi y el terrible San Marcos por un lado, Amezagaña, Oriamendi y Santa Bárbara por otro. ¡Con que atención escuchaba Doña Blanca la relación de X! ¡Con qué interés miraba aquellos montes frondosos y risueños en que se derramó tanta sangre generosa al grito de ¡Viva Carlos VII!

Para ver más de cerca algunos de los campos de batalla, quiso ir en coche hasta Hernani, y se verificó lo del adagio francés:

— *L'appetit vient en mangeant.* —

— ¡Oh, si pudiéramos ir hasta Loyola, sería el día más feliz de mi vida! — exclamó de pronto la Infanta.

X se vió en un verdadero compromiso.

¿Cómo negarse á las súplicas de aquella encantadora Princesa?

— Señora, — dijo después de mil vacilaciones, — V. A. sólo puede ir á Loyola de una manera, no dándose á conocer á nadie como lo ha hecho aquí, y llegando al Colegio al anochecer, para volver á salir en dirección á la frontera, mañana muy temprano.

— Pues hagámoslo así ¡qué alegría!

Cuando llegó á la hospedería de Loyola el coche que llevaba á la alegre comitiva, era ya de noche. Doña Blanca se acostó temprano para levantarse, también, muy temprano; era preciso salir á las ocho de la mañana con dirección á Zarauz.

A las seis y media, profundamente conmovida, entró en la Santa Casa. Largo rato oró en la capilla del Santo, examinando luego minuciosamente todos sus detalles. Bajó después á la iglesia, desierta al parecer, pero en el momento en que X hacía



que la Infanta fijara su atención en la hermosa estatua de San Ignacio que ocupa el retablo del altar mayor, cuando sus hijos no están ausentes, el P. A., cuya presencia no habían advertido, se acercó y dijo:

—¿Querrán ver la sacristía estas señoras?

Volvióse X al oír estas palabras y se encontró frente á uno de los Padres que más conoce y quiere.

—¿V. aquí?— exclamó el P. A.

— Ya lo ve V.

—¿Y estas señoritas son sus hijas? Vengan á la sacristía.

Así lo hicieron, y allí ya X no pudo ocultar la verdad.

— Para la Infanta no hay clausura, pueden ustedes entrar y ver todo el Colegio.

—No, — replicó X, — se sabría ciertamente y pudiera esto ocasionarles disgustos.

Insistió el Padre, pero cediendo al fin, dijo:

—Entonces voy al menos á abrir esta gran puerta para que S. A. vea el claustro.

En el momento mismo en que giró la pesada puerta sobre sus goznes, un respetable P. cruzó el claustro sin levantar la cabeza.

—¿Lo ha reconocido V?— dijo el P. A. á X.

— No.

—¡Qué coincidencia, Dios mío!

—¿Quién es?

—El P. Cabrera.

—¿El P. Cabrera? ¿El que educó al R..?

— Sí, el mismo; hace dos días que ha llegado para ver si se repone aquí su salud muy quebrantada. Sería una crueldad ocultarle la presencia de la Infanta.

—Es verdad,—contestó X,— llámelo V.

Los que presenciaron la entrevista de Doña Blanca con el P. Cabrera no la olvidarán jamás.

Aquel venerable anciano, al verse frente á la hija del niño que él preparó para los combates que hoy sostiene, á quien enseñó á no desviarse jamás del camino recto que le trazaba, á no bajarse á recoger una corona que el inmundo fango del liberalismo hubiera manchado, ¡aquel respetable Padre lloró como un chiquillo!

Serenándose al fin, dijo:

— Señora, pido á V. A. que acepte el último recuerdo que recibí de manos de su augusto Padre.

Resistióse Doña Blanca, pero en vano; el P. Cabrera, que no tenía objeto alguno que estimara tanto como aquel, corrió á su cuarto y trajo una pequeña estatua de la Virgen, que entregó á Doña Blanca.

En tanto el R. P. Rector, prevenido por el P. A., bajó también á ofrecer sus respetos á la Infanta, que habló un momento con él, y viendo que X estaba ya impaciente, subió al *landeau* que aquella misma

noche la llevó á Francia, atravesando la preciosa vega de Zarauz y los riscos de Mendibeltz. ¡Cuántas veces, desde aquel día, al encontrarse con X ha repetido la Infanta:

—«¡Son los días que más grato recuerdo me han dejado en la vida!»

ORACIÓN DE DOÑA BLANCA

Á LA

VIRGEN DEL PILAR

Bendita tierra española,
Madre mía celestial,
Que ha merecido ella sola
Tenerte en carne mortal.
Como bajaste á aquel suelo
Desciende á mi corazón;
Mas no te vuelvas al cielo
Dejándome en aflicción.
Oye el grito que me arranca
La sed de tenerte en mí:
¡Haz del alma de tu Blanca
Nuevo Pilar para tí!
No salgas, Virgen María,
De mi corazón jamás,
Que estando en el alma mía,
Dentro de tu España estás.



Leopoldo

DON LEOPOLDO SALVADOR

DE

HAPSBURGO LORENA Y BORBON

Hijo del Archiduque Carlos Salvador y de la Archiduquesa María Inmaculada Clementina, hija de Fernando II Rey de las Dos Sicilias, nació el esposo de Doña Blanca el 15 de Octubre de 1863.

Recibió en las Fuentes bautismales los nombres de Leopoldo, Salvador, María, José, Fernando, Francisco, Carlos, Antonio, Juan Bautista, Javier, Luís Gonzaga y Venceslao.

Puede decirse que lleva en sus venas tanta sangre á lo menos de Borbón como



de Hapsburgo, pues todos sus ascendientes hembras por la línea paterna, desde la Emperatriz María Teresa, hasta nuestros días, pertenecen á la casa de Borbón.

Educóse el Archiduque Leopoldo Salvador con la solicitud y el amor de sus padres, que ya vislumbraron en su infancia las grandes disposiciones que tenía para la carrera de las armas.

Desde que recibió su alma los primeros destellos de la luz del mundo, es mirado con predilecto cariño por la Familia Imperial, que ve en él reunidas esas nobles prendas que raras veces se encuentran juntas en un mismo individuo.

No nos detendremos en relatar minuciosamente los hechos culminantes de los primeros albores de su juventud, porque si no revelará á través de sus hermosas cualidades físicas, las bellas dotes morales que le adornan, las acreditaría la sangre que circula en sus venas, que es la de las



dos soberanas familias más católicas del universo.

La Escuela de Guerra en Austria es el crisol por donde pasan todos los oficiales que, poseídos de noble emulación, no se contentan con encerrarse en los escalafones de cada una de las armas, y piden que, previos rigurosos exámenes, se acredite su capacidad para deber los ascensos á otra cosa que el favoritismo ó al número de años de servicio.

Para ingresar en la Escuela de Guerra es indispensable haber servido dos años, á lo menos, como oficial en un regimiento, con brillantes notas, y sin la más pequeña tacha en la hoja de servicios, y no haber cumplido todavía treinta años de edad.

Los cursos de la Escuela de Guerra duran dos años. Para el ingreso suelen presentarse, por regla general, anualmente, unos 200 oficiales, de los cuales no son admitidos más que 80, que al ter-



minar el primer curso quedan reducidos á la mitad, por lo durísimo de los estudios.

El Archiduque Leopoldo Salvador terminó en el Octubre del año pasado el primero de los dos cursos, obteniendo el número 5 de su promoción, es decir, un lugar brillantísimo.

Recientemente ha ascendido á Comandante, pasando de la Infantería al Estado Mayor, donde se abren á sus aptitudes vastísimos horizontes, pues todo le empuja á los más altos destinos en el Ejército austriaco: su valor personal, el cariño del soberano y las dotes excepcionales de que ha dado prueba en todos sus exámenes.

FROHSDORFF

DESDE hace un cuarto de siglo todos los periódicos de Europa han popularizado con interminables descripciones la morada que vió espirar al último Rey legítimo de Francia, y que fué legada por su augusta viuda á los Sres. Duques de Madrid.

El viejo señorío de Frohsdorff, asentado á 60 kilómetros de Viena, compónese de tres castillos, situados á bastante distancia el uno del otro: los de Frohsdorff, de Katzelsdorff y de Pitten. Las tierras y las aldeas que los rodean, con ser muy extensos, apenas bastan para sostener la multitud de obras piadosas y

benéficas con que la religiosidad de los antiguos poseedores las gravaron.

Las iglesias, conventos, asilos y escuelas de niños pobres puede decirse que absorben con creces todas las rentas del señorío, considerado por sus propietarios actuales, no como una finca productiva, sino como un museo de preciosísimos recuerdos, ó mejor todavía, como un santuario de venerandas reliquias.

De Enrique V y de la Duquesa de Angulema, hija del rey mártir, muertos dentro de los muros del castillo, no hay para que decir que abundan las memorias casi en cada estancia, y lo mismo sucede con la Duquesa de Berry y la Condesa de Chambord.

Al lado de estos recuerdos, que son de ayer, como quien dice, consérvanse otros de multitud de reyes de Francia, y en especial de Enrique IV, de Luís XIV y de Luís XVI. Del primero se guarda el famoso

penacho, un mechón de la barba, la camisa que llevaba al ser asesinado y diferentes autógrafos interesantísimos. Del segundo, diversas prendas de vestir, mereciendo mención particular los zapatos que calzaba en la ceremonia de su consagración, y cuyos altísimos tacones están cubiertos de admirables pinturas hechas por el pintor de cámara del gran rey. Del tercero, amén de otros objetos de uso diario, los encajes que rodeaban su cuello cuando lo segó la guillotina, y que están empapados en su nobilísima sangre, y el libro de rezo que iba leyendo al marchar al patíbulo, y en cuyas márgenes señaló con lápiz rojo las preces de los agonizantes el Abate Edgeword, su último confesor, quien lo recogió de las manos de la augusta víctima para entregarlo á la Duquesa de Angulema como supremo legado piadoso de su padre.

De María Antonieta consérvanse también infinitos recuerdos, como los cuadros

que adornaban sus habitaciones particulares en las Tullerías, el servicio de porcelana de Sevres en que tomaba su desayuno todas las mañanas, etc., etc.

Compitiendo con estas memorias de inestimable valor histórico, abundan en Frohsdorff los objetos de gran mérito artístico, especialmente una colección de centenares de cuadros de los grandes maestros de las escuelas de Italia y del siglo de oro de la pintura francesa. Entre ellos descuellan los lienzos más hermosos que existen de Rigaud, autor apreciado solamente hasta hace poco por los muy inteligentes, y que hoy la moda ha colocado en primera línea, siendo el más buscado de los pintores antiguos, para museos y colecciones.

Distínguese, además, este señorío por la abundancia de caza que contiene. En las tierras de Frohsdorff diez ó doce escopetas matan en un día de quinientas á seiscientas

liebres, y de ciento cincuenta á doscientas perdices, y en los cotos imperiales de Schonbrun, que están poco distantes, se recogen en una tarde, por lo menos, doscientos jabalíes, y ha habido días privilegiados en que se han matado cerca de seiscientos.

Hay también en Frohsdorff parque de gamos; pero la caza de éstos interesa menos, por no prestarse á las peripecias de las cacerías en campo abierto, y no se matan cada año más que los indispensables para que no se propaguen en exceso.

En esta mansión tan llena de imperecederos recuerdos, y que tan gallardamente describe un elevado personaje carlista, cuyos son los párrafos que preceden, hanse confundido dos magnánimos corazones.

Las bendiciones de un pueblo heroico no faltarán á los augustos desposados.

La España tradicional que al grito de ¡Viva Carlos VII! ha derramado pródiga-

mente su sangre, ha hecho llegar hasta Frohsdorff el testimonio del gozo con que mira el enlace de la angelical Princesa Doña Blanca con el Archiduque Leopoldo Salvador.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	7
Antecedentes.	11
Los esponsales.	16
Doña Blanca de Borbón y de Borbón.	23
Doña Blanca en España.	29
Oración de Doña Blanca á la Virgen del Pilar.	38
Don Leopoldo Salvador de Hapsburgo Lore- na y Borbón.	41
Frohsdorff.	45



